

había impedido las hostilidades, era declarar la guerra á la Reforma. Las dos confesiones fueron desde entónces dos campos enemigos. Organizóse la *unión protestante* sobre un pié militar; y no otorgándose ya ninguna protección el emperador, se vieron obligados los reformadores á proveer por sí mismos á su defensa. Los católicos formaron por su parte una liga bajo la influencia de España y de la santa sede. El imperio estaba de hecho disuelto; la guerra no dependía ya más que de un accidente (1).

II.

La rebelión de Bohemia encendió la terrible guerra de treinta años. Después de la derrota del elector palatino, el duque de Baviera anunció su victoria al papa, como verdadero autor de la guerra. Gregorio XV creyó que había llegado el momento de destruir la maldita reforma de Lutero, y escribió á Fernando que el tiempo de las medidas á medidas y de la circunspección había pasado (2), y que era preciso obrar con vigor para restablecer la verdadera fe. Obedeciendo á la voz del papa, entregó el emperador los vencidos como presa á los reformadores católicos. La Bohemia se había anticipado á Lutero: en el siglo XV había luchado con un heroísmo salvaje contra los asesinos de J. Hus, y en el XVI acogió con entusiasmo la doctrina del monje sajón. Roma tenía, pues, antiguas injurias que vengar en la patria de J. Hus y de Ziska. La reacción emprendió la obra, y logró transformar una nación protestante en nación ortodoxa. Mas ¡por qué medios y á qué precio! Los *utraquistas* gozaban de una cierta independencia religiosa en virtud de concesiones confirmadas por los actos más solemnes. ¿Se podían violar esos pactos sagrados? Las autoridades laicas opinaron que era preciso respetarlos, pero el nuncio se mostró inexorable, sabiendo que podía contar con la ciega sumisión de Fernando. En efecto, el emperador declaró que no tenía que intervenir en las cuestiones religiosas. Los *protestantes* de Bohemia tenían de su parte la célebre *Ley de Majestad*. Rodolfo la había erigido en ley fundamental como la paz de

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, páginas 408-414.

(2) «Non è tempo di indugi né di coperti andamenti» (RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 454).

Augsburgo, anulando de antemano todo edicto que fuera á ella contrario; Fernando había jurado observarla, y al principio de la guerra había contraído particular compromiso con su aliado el duque de Sajonia en favor de los protestantes bohemos. Todo lo violó el emperador, los derechos jurados, sus promesas y sus juramentos; no escuchó más que la voz de Dios. Para él, la palabra de su confesor jesuita y la del legado apostólico eran la voz de Dios, y *Lamormain* y *Caraffa* rivalizaban en intolerancia. Los mismos católicos reprocharon al legado ser un cizañero; predijeron guerras atroces si se persistía en emplear la violencia, é hicieron entender que estas guerras á muerte podrían traer la ruina del catolicismo. El emperador mantuvo su decisión por las exhortaciones de *Caraffa*, persuadido de que cumplía la voluntad de Dios (1).

Hay que oír contar al mismo *Caraffa* las hazañas de que se enorgullece. Después de la victoria de Praga hizo expulsar á todos los predicadores, á pesar de la oposición de los partidarios de Fernando, que consideraban inconvenientes tales medidas. El legado se jacta de ellas: era su misión, dice (2). Refiere las venganzas ejercidas en nombre del emperador en Bohemia. Nada más natural que el que las apruebe; pero lo horrible es que haga intervenir á Dios para justificarlas: de creer al cardenal, ¡el Omnipotente invirtió las leyes de la naturaleza para manifestar su aprobación por medio de milagros! (3). Quedaban en Praga dos pastores luteranos que no se atrevían á expulsar por temor de disgustar al elector de Sajonia; el legado insistió tenazmente cerca del emperador para que diese la orden de expulsión: «No se trataba tanto de los dos ministros como de la libertad de la religión, porque mientras se les toleraba, ningún Bohemo volvía al seno de la Iglesia.», Es decir, como lo expresa de una manera más franca el informe original de *Caraffa*, que los sacerdotes católicos se quejaban amargamente de que los pastores les quitaban todos los emolumentos de su ministerio (4). «Si no se les expulsa, dice el legado, se acabó la religión», (5). Había católicos más prudentes, si no

(1) CARAFFA, *Germania sacra restaurata*, p. 137.

(2) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 98.

(3) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 101.

(4) CARAFFA, *Ragguaglio M. S.*: «Conducevano in disperazione i parrochi cattolici, per vedersi da essi (Luterani) levarsi ogni emolumento» (RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, página 455, nota 2).

(5) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 130.

más tolerantes; el mismo rey de España se unió á ellos para moderar el celo excesivo del enviado pontificio (1). Ningún caso hizo de estas recomendaciones el cardenal legado: estaba de por medio el honor de Dios, en otros términos, la dominación de la Iglesia, y ésta no admite ninguna transacción, ninguna concesión. Hay que obedecer á Dios, tal es el refrán eterno; y no hay que decir, que el legado del papa es el órgano de la voluntad divina. ¿Qué importaban, después de esto, las consideraciones de prudencia política y los interesados temores de los príncipes? (2).

No hay espectáculo más odioso que el de la violencia legal, diaria, incesante, puesta al servicio de la pretendida causa de Dios. En el campo de batalla, las armas son, á lo ménos, iguales; pero ¿qué pueden hacer los desgraciados contra leyes como las de Fernando en Bohemia? Se comenzó por despojar á los vencidos; el tercio del suelo fué confiscado; después se prohibió á los protestantes ejercer ningún oficio; se les prohibió casarse, se les prohibió testar; se les permitía morir, pero no se les enterraba, lo cual no dispensaba á su familia de pagar los gastos de sepultura al clero; se llevó la inhumanidad hasta á expulsar á los herejes de los hospitales; y, en fin, ¡esperaba la muerte á los que, en su desesperación, se dejaban llevar á maldecir á la Iglesia católica ó á la Santa Virgen, patrona de su perseguidor! (3). La obra de la conversión avanzaba admirablemente, dice el cardenal *Caraffa*, gracias á esos excesos de la fuerza (4). Una sola cosa turba su alegría: se encontraban grandes dificultades, dice, para convertir á los que no poseían nada; no había medio de comprar su apostasía: preferían expatriarse, ó, en caso necesario, vivir en los bosques. Cuando no producían efecto las violencias legales, se recurría á los soldados. Los Croatas eran los órganos más activos de la conversión: como los dragones de Luis XIV, llevaban á los protestantes á las iglesias sable en mano; los que se resistían eran presos, y sus mujeres entregadas á la brutalidad de la soldadesca, hasta que se reconoció la conversión como el único remedio á tantos males. En

otras partes se empleaban los alanos y el látigo para llevar á los paisanos á misa. Después de esos odiosos abusos de la fuerza, los infortunados tenían que hacer una profesión de fe, cuyo primer artículo declaraba que volvían á la religión católica, apostólica y romana *por su plena voluntad*, sin ninguna violencia. ¡Jesuitas y capuchinos eran los que imponían esas sacrilegas falsedades; que en pos de los Croatas iban jesuitas y capuchinos! (1).

Diráse que hacemos responsable al catolicismo de crímenes que los católicos han condenado siempre. Creemos, por honor de la naturaleza humana, que los excesos de la fuerza fueron condenados por todos aquellos que conservaban una chispa del espíritu cristiano; pero hay que confesar que estos hombres eran una rara excepción en el siglo XVII; y en todo caso, no era en Roma donde había que buscarlos. ¿Quién provocó al emperador á extirpar el protestantismo después de la batalla de Praga? El papa. ¿Quién formó al emperador en esas ideas de violencia? El legado del papa y el jesuita *Lamormain*; ni una voz católica se levantó en favor de la tolerancia, en favor del respeto de los juramentos. Los príncipes que aconsejaron la moderación eran hombres políticos que preveían las desgracias en que el papado precipitaba á Alemania; más de una vez insistieron en sus exhortaciones. ¿Por qué no los escuchó el emperador? El cardenal legado *Caraffa*, ayudado por los jesuitas, fué quien prevaleció siempre. En la dieta de Ratisbona se reprodujeron nuevas instancias cerca de Fernando para que llegase á un concierto con los luteranos: *Caraffa* y el obispo de Vurtzburgo respondieron que se trataba de la gloria de Dios; y que si había que optar entre ofender á Dios ó herir á los hombres, valía más exponerse á la venganza de los hombres que á la de Dios. Sometióse todavía la cuestión, sin saberlo el legado, á teólogos católicos, á padres jesuitas, á universidades, y todos estuvieron unánimes en declarar que, después de tantas victorias, no se podía tolerar la herejía, aunque la destrucción del protestantismo presentara algún inconveniente (2).

La reacción católica venció en Bohemia. ¿Cuál fué el resultado de la victoria? Treinta mil familias emigraron. Bohemia contaba treinta mil poblacio-

(1) KHEVENHILLER, *Annales*, t. IX, p. 1657.

(2) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 134, 135.

(3) GFRÖBER, *Gustav Adolph*, p. 346.—MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 96.

(4) «Que ratio politica rem catholicam vehementer auxit» (CARAFFA, *Germania sacra*, p. 136).

(1) HORMAYR, *Taschenbuch*, 1836, p. 295.—GFRÖBER, *Gustav Adolph*, p. 347.

(2) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 139, 140.

nes, entre ciudades y aldeas, y su número se redujo á once mil (1). La decadencia intelectual fué mayor todavía y más persistente que la ruina material. Bajo el reinado del protestantismo había sido muy activo el movimiento de los espíritus: cada aldea poseía una escuela, y las clases superiores, los nobles, llenaban las universidades (2). Los jesuitas pusieron orden: destruyeron sistemáticamente los libros escritos en la lengua nacional de los Bohemos, como sospechosos de herejía; uno solo de los reverendos padres se gloriaba de haber quemado más de 60.000 volúmenes (3). Matando la literatura nacional, mataron todo principio de vida, porque la lengua es todo el pueblo, es toda la civilización. Pero ¿qué importa al catolicismo que las naciones mueran, con tal que florezca el catecismo romano? La masa de la población, que no podía emigrar, cambió de culto bajo el imperio de la fuerza. Estos triunfos parciales, obtenidos por la violencia, confirman á la Iglesia en su sistema de intolerancia; pero ¿no se invocará un día contra ella la violencia que ha empleado? ¿Y qué podrá responder entónces? La filosofía puede dar una respuesta que el catolicismo no tiene derecho á dar; la filosofía rechaza la coacción en el dominio de la fe como un crimen, y añade que es un crimen inútil. Verdad es que la fuerza puede dominar á los pueblos; pero basta que algunos hombres se escapen de ella y se mantengan libres para protestar en favor del derecho; estas protestas serán oídas cuando llegue para la Iglesia el día del juicio. Hacía más de un siglo que la Bohemia era católica de nombre, cuando José II proclamó la libertad de conciencia; una multitud de protestantes aparecieron súbitamente, como si salieran debajo de la tierra, para atestiguar que la fe es indestructible (4).

Hé ahí cómo se hizo católica la Bohemia. El catolicismo hacía la salvación de las almas comprando la apostasia ó imponiéndola por el sable; trajo un reino protestante á la fe romana, pero arrojándolo. Esta violencia podía, si no justificarse, á lo ménos explicarse por el abuso de la victoria; los Bohemos se habían insurreccionado; y venci-

(1) HORMAYR, *Taschenbuch*, 1836, p. 296.

(2) MAILATH (*Geschichte des österreichischen Kaiserstaats*, tomo II, p. 375-378), historiador católico, confiesa que el movimiento intelectual de la Bohemia era debido al protestantismo.

(3) PESCHEK, *Geschichte der Gegenreformation in Böhmen*, tomo II, p. 97.

(4) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 104.

dos, sufrían la ley del más fuerte; pero la reacción católica no limitó sus hazañas á la Bohemia. Fernando II había sido obligado á hacer concesiones á los protestantes de la Baja-Austria; no tenía que invocar contra ellos la rebelión; no había que gloriosar la fe jurada; mas el emperador consultó á sus amigos los jesuitas, y los discípulos del Cristo hallaron medio de conciliar el honor de Dios con el desprecio de los juramentos. Los reverendos padres se guardaron bien de decir que era preciso violar las promesas hechas á los herejes, pero sostuvieron que el juramento prestado por Fernando no le obligaba ya: "Sólo los *luteranos*, decían, estaban comprendidos en el edicto; ahora bien, los *luteranos* de Austria no eran ya *luteranos*, se habían hecho *calvinistas*; y la prueba es que los *calvinistas* iban á la prédica de los *luteranos*." Esta interpretación más que jesuítica satisfizo plenamente la conciencia de Fernando, el cual declaró que había tenido consejo con Dios y estaba decidido á expulsar á los protestantes, no dudando que el Omnipotente vendrá en su ayuda (1). Así, según la concepción católica, Dios interviene para proteger á los que eluden ó violan su juramento, con tal que sea por la causa de Dios, es decir, por la insaciable ambición de la Iglesia romana. Y no se contentaron los jesuitas con tener la fuerza de su parte: especularon todavía en Austria, como en Bohemia, con la más vil de las pasiones: "Cuando vean los ricos, decían, que el emperador quiere restablecer el catolicismo, se apresurarán los más prudentes á entrar en el seno de su madre la Iglesia, porque los hombres obran siempre según su interés, y preferirán hacerse católicos á perder su fortuna." Añadamos, por honor de la humanidad, que el cálculo de los reverendos padres salió fallido: los más nobles y los más ricos, dice el conde de *Khevenhiller*, escritor contemporáneo, se expatriaron, y Austria se empobreció en nobleza, en dinero y en crédito (2). Pervertir el sentimiento moral apelando á la codicia, cubrir esas vergonzosas transacciones de la conciencia con el nombre de conversión, ¡eso se llamaba procurar la salud de los hombres y la gloria de Dios!

No bastó á la ambición del papado la reforma violenta de Bohemia y de Austria después de la

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. XI, p. 304-306.

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. XI, p. 307-309.

victoria de Praga; era preciso reformar la Alemania protestante, y para esto el mejor medio era poner príncipes católicos en el puesto de los príncipes protestantes: Fernando despojó al elector palatino en provecho del duque de Baviera. Los historiadores alemanes reprochan enérgicamente al emperador el haber violado la constitución del imperio con este acto de violencia; mas es al papa á quien debían dirigir sus censuras, porque fué un golpe de Estado católico. No era una empresa fácil: Fernando vacilaba; España tenía que guardar consideraciones al elector palatino, yerno del rey de Inglaterra, con quien la corte de Madrid estaba en negociaciones de un matrimonio. Fué preciso que el papa interviniera: despachó primero un nuncio, y después un capuchino para arrancar el consentimiento del rey de España; y el cardenal *Caraffa*, ayudado por un capuchino, decidió al emperador. La importancia del resultado correspondía á la dificultad de la negociación. Desde luego tenía el partido católico asegurada la mayoría en el partido electoral. Para después preveía el papa que, si se seguían sus consejos, se eternizaría la guerra, porque el elector despojado tenía de su parte al rey de Inglaterra, su suegro, y á los príncipes calvinistas; pero ¿qué importaba al papa que Alemania se hundiera en una guerra sin fin? Prometió á Fernando *darle su último céntimo*; y cuando el emperador cedió, le escribió con la efusión de su alegría: "Las puertas del cielo están abiertas; las legiones celestes te llaman para que adquieras una gloria inmortal; las milicias angélicas combatirán por tí." (1). Fernando creía servir la causa de Dios, y sirvió á la ambición romana, para desgracia de Alemania.

El rey de Dinamarca, que tomó la defensa del protestantismo y de la libertad, no tenía talla para luchar con Tilly y Wallenstein. Su derrota entregó á Alemania entera como presa de los arrebatos de la reacción y de las brutalidades de una soldadesca salvaje. Los mismos príncipes católicos se quejaron de estos abusos de la fuerza; pero el genio maléfico para Alemania, el cardenal *Caraffa*, estaba siempre allí para excitar al emperador á perseverar en el camino de sangre que había emprendido por las exhortaciones del papa. No sin razón se alarmaban los príncipes católicos, porque Fernan-

do no respetaba ya ningún derecho; y si hubiera llegado á destruir el protestantismo, habría acabado igualmente con la independencia de los Estados católicos. Hase puesto en duda que Fernando II pensara en destruir la Reforma; quería únicamente, dice un excelente historiador, reducir el protestantismo á los límites estrechos de la paz de Augsburgo (1). Verdad es que el emperador declaró que jamás había tenido el pensamiento que se le suponía; pero ¿cómo creer en sus palabras después que había violado sus compromisos en Bohemia y en Austria? ¿Era la *paz de Augsburgo* más sagrada que la *Ley de Majestad*? Vencedor de los protestantes, no habría necesitado más que un pretexto; los jesuitas lo habían inventado contra los protestantes de Bohemia y de Austria, y ellos lo habrían encontrado igualmente para romper el convenio de Augsburgo.

Un paso en ese camino fué el edicto de restitución, y por eso lo desaprobaron los hombres sensatos del partido católico, que veían que esa conducta llevaba á una guerra religiosa, y la más ruda de todas, porque estaba alimentada por el interés personal. De esta opinión fueron los mismos hombres de guerra (2); pero como siempre, prevaleció la de los jesuitas. Ya mostraremos más adelante que no era enteramente desinteresado el celo de los reverendos padres en exigir de los protestantes la restitución de los bienes usurpados á los católicos; baste por el momento consignar que ellos fueron quienes impulsaron al emperador. Esta fué otra ocasión solemne en los destinos de Alemania. Los protestantes, humillados, abatidos por la derrota sucesiva de todos los campeones de su causa, se habrían prestado fácilmente á un concierto; habríanse contentado con la revocación y hasta con una mitigada ejecución del edicto. ¿Cuál fué el genio maléfico que impidió toda transacción? El papado. Fácil fué al nuncio excitar á los eclesiásticos á mantenerse firmes en una cuestión que interesaba juntamente á la ambición y á la codicia de los prelados: la política de violencia prevaleció. Enorgullecido con las victorias del catolicismo en Alemania, no ocultaba ya el papado sus designios. La paz de Augsburgo no le sujetaba; jamás había con-

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 129.

(2) Véase la opinión de KOLALTO, en KHEVENHILLER, *Annales*, t. XI, p. 183.

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, 466.

sentido en ella (1). Roma creyó llegado el momento de dar un golpe mortal al protestantismo. Para destruirlo, era preciso perseguirlo, no sólo en Alemania, sino en todas partes, hasta en Inglaterra; y así se volvió al antiguo proyecto de conquistar las Islas Británicas. España consintió desde luego; y en Francia un santo personaje á quien gustaba mezclar la intriga con la devoción, el cardenal Bérulle, ayudó á decidir al rey. Estipulóse al efecto un tratado en el cual, al propio tiempo que se satisfacía la dominación espiritual del pontífice, se le reservaba la Irlanda en el reparto del botín, á buena cuenta de su ambición temporal (2). Nunca se había encontrado la Reforma en un peligro más apremiante. ¿Quién la salvó? Gustavo Adolfo y la horrible guerra de treinta años.

§ II.—La Reforma salvada por la guerra de treinta años.

I.

Estamos de nuevo en presencia de uno de esos inmensos sucesos que los unos llaman necesarios y los otros providenciales. ¿Era realmente inevitable la guerra de treinta años? Nada es fatal de una manera absoluta, pues que Dios ha entregado el mundo y sus destinos á la acción de la libertad humana. Un historiador alemán acusa á Fernando II de haber provocado la resistencia de los protestantes, y, por consecuencia, la guerra, abusando de sus victorias con tanta imprudencia como injusticia (3). Pero el emperador no fué más que el órgano, por mejor decir, el ciego instrumento del catolicismo; sería, pues, preciso afirmar que había podido evitarse la guerra de treinta años, si Fernando no hubiera tenido los estrechos sentimientos y las pasiones violentas que había recibido de la sangre de su madre y de la educación de los jesuitas. ¿No quiere esto decir que el emperador de Alemania obró como debía obrar en un tiempo de luchas religiosas y con las convicciones que lo animaban? Al decir que era inevitable la lucha terrible del siglo XVII, no pensamos en imputarla á Fernando,

(1) «A cui non haveva giammai assentito la sede apostolica», dice el papa hablando de la paz de Augsburgo (RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 513).

(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, págs. 514-517.

(3) ANCILLON, *Tableau politique de l'Europe*, t. I, p. 24.

sino al catolicismo, á los papas y á su milicia, los jesuitas, que querían reconquistar el terreno que la Iglesia había perdido, aunque fuese por la sangre y el fuego y á costa de la ruina de Alemania.

Los historiadores alemanes que acusan á Fernando II deberían censurar más todavía á sus propios correligionarios. Tratábase de la existencia misma de la Reforma, y no hicieron nada para salvarla; vieron producirse la reacción católica, reacción tan patente que habrían debido convencerse los más ciegos de que el catolicismo quería su destrucción, y no hicieron por detenerla; y cuando la guerra estalló por la insurrección de Bohemia, los protestantes, en vez de unirse contra el enemigo común, se dividieron. Fernando habría podido proseguir sin obstáculo la reforma católica si la causa del protestantismo no hubiera encontrado aliados en el extranjero: sin la intervención de Suecia y de Francia, habría perecido la Reforma. Los alemanes maldicen hoy á sus libertadores y los males infinitos que causaron á Alemania, la ruina material, la barbarie intelectual y moral, la debilitación y la dependencia de su patria; mas á sí solos se deben acusar. En su ciego orgullo, gusta el hombre descargar sobre otros la responsabilidad de los males que le afligen, como si él mismo no fuera su causa y autor. Así sucedió á los protestantes de Alemania en el siglo XVII. No les faltaron voces proféticas; pero no las escucharon, ni tuvieron la fuerza de iniciativa necesaria en épocas de revolución, y fueron precisos el apoyo del extranjero y los horrores de una guerra, mitad civil, mitad religiosa, para salvarlos. ¡Gran lección para las naciones! Que se ayuden á sí mismas, y entonces Dios las ayudará. Cuando no se salvan á sí mismas, Dios las salva todavía, mas por uno de esos remedios violentos que, como las tempestades, no fertilizan sino causando estragos.

La Biblia, que tanto gustan leer los protestantes, habría debido enseñarles que todo reino dividido perece. Apenas existía la Reforma, cuando se dividió en dos sectas rivales, los luteranos y los suizos. Un punto oscuro de un misterio ininteligible los separaba, y esto bastó para engendrar odios que duraron todo el tiempo que la teología cristiana dominó en los espíritus. Había reformadores, los más avanzados, con el heroico Zuinglio á la cabeza, que se elevaban por cima de aquellas estrechas pasiones; ofrecieron la mano á Lutero, y Lu-

tero la rehusó. La fe ahogaba la caridad. Esto sólo, ¿no habría debido convencer al gran reformador de que era un error semejante fe, puesto que Jesucristo no cesaba de decir que la caridad es la ley de las leyes? En lugar de la caridad se vió reinar el odio. Los luteranos ortodoxos se mostraron tan intolerantes como los católicos: decían que los calvinistas eran peores que los Turcos (1). En la Explicación de un catecismo luterano se lee que había dos Antecristos en el mundo, el uno en Oriente, Mahoma, el otro en Occidente, Calvino (2).

Á su vez, exasperados los reformados acabaron por decir que se unirían con los luteranos, cuando se unieran el fuego y el agua (3). Era proclamar una guerra á muerte en el seno mismo de la Reforma. ¿Cómo, á falta de caridad, no tenían los protestantes bastante inteligencia política para ver que sus disensiones hacían la fuerza del catolicismo? Tal era el extravío, sobre todo, de los luteranos, tal su estupidez, como dice en su cólera un reformado suizo, que preferían los católicos á los calvinistas (4), porque les parecía que los calvinistas se apartaban más del verdadero cristianismo que los papistas (5). Era dar la mano al enemigo común para ayudarle á combatir al amigo: jamás cegaron tanto las pasiones religiosas á los hombres en punto á sus verdaderos intereses.

Los católicos, por lo contrario, unidos como un solo hombre, comenzaron á obrar contra el protestantismo en los principados eclesiásticos. Habría sido necesario luchar, conquistar la libertad religiosa contra los obispos; los obispados se habrían convertido en Estados protestantes, y el protestantismo habría adquirido con esto una fuerza tal, que toda reacción habría sido imposible. Los novadores tenían de su parte el poder del movimiento revolucionario; únicamente se necesitaba seguir su curso. Presentóse la ocasión en la dieta de Ratisbona de 1575. Habría bastado el concurso activo de los príncipes protestantes para triunfar; pero el elector de Sajonia tuvo á bien oponer es-

crúpulos de legalidad: ¡los calvinistas, decía, no estaban comprendidos en la letra del tratado de Augsburgo! (1). Si Lutero se hubiera dejado llevar de semejantes escrúpulos, ¿habría quemado la bula del papa? ¿Habría tenido Alemania la Reforma? Entre tanto hacia la reacción católica espantosos progresos. En vez de combatirla, los protestantes disputaban entre sí sobre sutilezas teológicas; si hubieran puesto en la lucha contra el catolicismo la mitad del ardor y de la constancia que pusieron en la discusión de materias que no se pueden discutir, porque no son del dominio de la razón, no existiría ya el papado; pero estos debates fueron tan estériles en resultados como funestos para la unión y la fuerza del partido protestante. En la dieta de 1582 pidió el elector palatino la libertad religiosa para los protestantes en los Estados católicos; y el duque de Wurtemberg objetó que era preciso, ante todo, examinar si esos protestantes eran de la confesión de Augsburgo: luterano ortodoxo, no quería tomar partido por herejes tales como los calvinistas (2). Había espíritus menos rencorosos á quienes estas disensiones afectaban dolorosamente; pero esos oraban. En vez de orar, más hubiera valido obrar, como decía el conde de Nassau, que no cesaba de quejarse de la ciega seguridad y de la increíble inercia de los protestantes en presencia de las diarias invasiones del papismo: «Dios no pide solamente que oremos, dice, quiere también que pongamos manos á la obra; no basta quejarse y gritar: ¡fuego! hay que prevenir el fuego, ó impedir que se extienda, llevando agua para apagarlo», (3).

La Providencia ofreció todavía á los protestantes una ocasión favorable para conquistar la libertad religiosa, y además una garantía de esa libertad que hubiera hecho la reacción del catolicismo imposible. En 1585, el arzobispo de Colonia, Truchsess, se casó y abrazó el calvinismo; Enrique, rey de Navarra, mandó un embajador á Alemania para excitar á los príncipes protestantes á unirse con el elector contra el enemigo común; pero en vez de un tratado de unión, trajo *Segur* una disertación teológica en que se refutaban los errores del calvinismo y se instaba á los hugono-

(1) Carta de Villiers al príncipe de Orange (1580): «Los nuestros en Alemania son tenidos por peores que los Turcos» (GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, t. VII, página 272).—Comp. la carta del landgrave de Hesse (1578), *ib.*, t. VI, p. 321.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, serie 2.^a, t. II, p. 224.

(3) J. VON MÜLLER, *Allgemeine Geschichte*, lib. XXI, c. 4.

(4) «Germanorum plus quam belluina stupiditas» (GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. VII, p. 7).

(5) GIESBLER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 41, nota 22.

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. V, p. 343.

(2) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 143.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, serie 2.^a, t. I, páginas 261-269 (1594).